

## Contrólale

Vera, sentada en su escritorio, estudiaba agotada una materia que le costaba más que cualquier otra: "Electromagnetismo". Resaltaba textos sin parar, mientras algunos suspiros de cansancio se le escapaban de la boca. Un suspiro más largo que los anteriores la obligó a soltar el marcador. Intentó llenar su pecho de oxígeno dando una bocanada, se estiró para un costado y, maquinalmente, agarró el celular recordando que hacía varios días no subía contenido a TikTok y que sus seguidores deberían estar pensando qué le había sucedido. Desde hace algunos años se dedicaba a divulgar la ciencia de una manera muy accesible y atractiva, lo que le había hecho ganar millones de fanáticos. Fue en ese momento en el que una notificación de WhatsApp en su celular hizo que su pantalla brillara antes de que ella la encendiera. Un número no agendado le había enviado un link. "Viste la noticia que se filtró sobre vos?" decía el mensaje. Presa del estrés, entró al link sin siquiera pensarlo. En cuestión de un instante la pantalla empezó a parpadear y se puso negra. Comenzó a dibujarse un logo extraño. –Uh, qué porquería. Seguro me comí un virus –murmuró para sí misma. Intentó apagar el celular pero el parpadeo no se detenía. Cuando por fin logró reiniciarlo, sin darle demasiada importancia, se descargó un antivirus, borró la conversación, y, creyendo que estaba todo resuelto, puso el celular en modo avión y lo dejó a un costado.

A la mañana siguiente, antes de las siete, Vera ya estaba en el colectivo rumbo a la universidad. Había olvidado el mensaje de la noche anterior. Su pensamiento sólo estaba en el final de Electromagnetismo y en el estrés que le estaba causando. Al cabo de varios minutos llegó al campus. Se dirigió al aula con los nervios a flor de piel y con la cabeza quemada de tantas fórmulas aprendidas de memoria. Antes de que pudiera terminar de acomodarse, ya había en su mesa una hoja y una lapicera. Eso y los conocimientos que la colmaban eran lo único que sus sentidos podían percibir. Después de un buen rato escribiendo sin parar, su mente colapsó y dejó la lapicera. Se paró y, presa de una crisis de nervios, salió del salón sin entregar el exámen y se dirigió al baño. Al ingresar, el olor a lavandina le devolvió el sentido del olfato. Se acercó al lavamanos, se miró al espejo y se mojó la cara, la nuca y el pecho. Un mareo repentino oscureció su vista. Entonces, se derrumbó.

Una claridad gélida, tan cortante como un bisturí, la despertó. Con un temor enigmático –como si ya supiera lo que iba a pasar– Vera se acomodó en la cama donde se hallaba recostada y miró hacia los tres sentidos que su posición le permitía. No era su casa. Tampoco parecía un hospital. El aire estaba demasiado frío, como si alguien lo hubiera vaciado de todo rastro humano. Paredes grises y blancas, sin marcas, sin ventanas. Solo una puerta de acero, tan maciza que parecía parte del hormigón. Y dos espejos. Uno justo frente a la cama, otro al costado. El espejo de enfrente no parecía sólido. Su superficie ondulaba levemente, como un gas atrapado en un marco, y aún así devolvía su imagen con precisión inquietante. Desde ahí veía su reflejo borroso, casi ajeno. Apenas cuatro o cinco pasos la separaban del espejo del frente. Se incorporó con lentitud, como si el suelo fuera a ceder en cualquier momento, y avanzó. Extendió la mano hacia adelante, pero antes de que lograra tocar ese fluido extraño, una voz hizo que Vera retrocediera con un sobresalto y el gas se licuara en un segundo, escurriéndose por la pared.

*"Buenos días. Sea usted bienvenido a los laboratorios de Plasmara Systems. Fue seleccionado como sujeto de ensayo para diversas pruebas científicas. En este trayecto pondrá en duda todo lo que sabía hasta ahora sobre la física resolviendo algunos desafíos. Sea cuidadoso, aquí ninguna situación es esperable. Controle sus emociones ya que son*

*determinantes. En diez segundos deberá subir al ascensor que lo llevará a la primera de las cámaras. Buena suerte.”*

Desconcertada, miró al costado donde se hallaba la puerta y notó como poco a poco se abría. Comprendió que la única manera de salir de allí era resolviendo las pruebas y subió al ascensor. La puerta se cerró y la cabina comenzó a elevarse. Empezó a rebobinar en su cabeza los pensamientos con todas las indicaciones que le habían dado, pero nada le cuadraba.

La plataforma llegó, la puerta de la primera cámara se abrió y Vera se adentró a la prueba inicial. En la sala no había nada más que una mesa, un matraz y dos vasos de precipitados encima. El matraz contenía un líquido adentro, mientras que los dos vasos de precipitados estaban completamente vacíos. Vera se acercó lentamente y cuando sólo unos centímetros la separaban de la mesa, la voz sonó de nuevo.

*“Bienvenido al primer desafío. En esta sala encontrará diferentes objetos para poder resolverlo de manera satisfactoria. Deberá poner en juego su agudeza mental en elegir los correctos. Sobre la mesa hemos colocado un matraz con un líquido dentro y dos vasos de precipitados. Su trabajo consistirá en trasvasar el contenido del matraz sin que se pierda masa. Al finalizar, se masará el contenido. Recuerde que sus conocimientos son cruciales para el éxito.”*

Vera, confiada en la aparente sencillez de la prueba, miró la mesa e inspeccionó los recipientes. Eligió el vaso de precipitados más grande para asegurar que en el proceso no se perdiera nada. Tomó el matraz y comenzó a inclinarlo con cuidado. El espacio entonces se llenó con una canción que ella reconocía muy bien y que le recordaba a su madre muerta. Su corazón se aceleró y sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Era una canción que cantaban juntas todas las noches antes de irse a dormir. El líquido que escurría por el matraz inmediatamente se solidificó. Esa reacción detuvo la intensidad de su emoción y quedó inmóvil y confundida. No tuvo tiempo de analizar la extrañeza que acababa de ver, porque un sonido estridente sonó a sus espaldas. Entonces, el material continuó fluyendo. Había vertido todo el contenido y la masa era exactamente la misma. Las puertas se deslizaron como un secreto y pudo ver el ascensor. La voz sonó nuevamente: *“Felicitaciones. Usted ha superado la primera instancia. Su continuidad sigue en pie... por ahora.”*

Vera subió al ascensor. La cabina vibró apenas antes de ponerse en marcha. Al descender, una breve sensación de vacío en el estómago le recordó la obediencia del cuerpo a la gravedad, hasta que el ascensor se detuvo frente a la próxima cámara.

La sala era completamente blanca y muy limpia, con luces frías integradas en el techo. Todo se veía minimalista, casi clínico.

*“Bienvenida a la segunda prueba. Encontrará recipientes con líquidos de diferente densidad. Para que no pueda distinguirlos los hemos coloreado a todos por igual. Además deberá colocarse la máscara de gas para que no pueda utilizar su olfato. El desafío consistirá en colocarlos en la probeta, sin importar el orden. Deberá identificarlos sumergiendo algunos de los objetos que encontrará en la mesa. Sus saberes sobre densidad pueden ayudarla o no a resolverlo. Cuando sepa de qué fluido se trata, dígalos en voz alta. Si es correcto, una luz verde se encenderá.”*

La chica se puso la máscara y se acercó lentamente a la mesa inspeccionando la gradilla con los tubos de ensayo que contenían adentro los líquidos. Todos estaban coloreados de azul, sin siquiera una burbuja que pudiera revelar su naturaleza. Del lado derecho, había

una probeta lo suficientemente grande como para que entren todos contenidos, y del lado izquierdo un corcho, varios tornillos, una tapa de plástico, un pedazo de vela, una moneda, y una caja de clips de plástico. En la mesa, debajo de cada uno estaba anotado en un papel el valor de su densidad. Seguramente iba a tener que elegir algunos de ellos, y no todos.

La cuenta regresiva se activó. En menos de cinco segundos, el reloj ya marcaba que disponía de quince minutos para resolver la prueba. Vera empezó tranquila, tomó un tubo de ensayo y lo vertió en la probeta. Insuficiente. Nada que pudiera indicarle de qué líquido se trataba. Tomó otro tubo y vertió el contenido. Este se fundió con el otro como si no hubiera separación alguna. Una sola masa uniforme, opaca e indiferente. Frunció el ceño –¿Me estás cargando? –rezongó dejando el segundo tubo vacío en la gradilla. Intentó no darle importancia y repitió el procedimiento con otro tubo. Misma reacción. Ni burbujas, ni capas, ni densidades, ni nada que pudiera dar alguna pista. Miró el contador de tiempo: 8:04. Tomó el último tubo de ensayo y lo volcó. Era espeso, viscoso. Cada gota caía lentamente, como si el tiempo mismo se resistiera a dejarlo bajar. Estaba claro, y para Vera era un primer respiro reconocerlo inmediatamente. -Miel –dijo y la luz verde se encendió en un instante. Sin perder tiempo tomó la tapa de plástico, la densidad que indicaba era de  $0,94 \text{ g/cm}^3$ , y la sumergió en la probeta. Esta se hundió hasta el fondo, como si su densidad fuera más alta que cualquiera de los líquidos. Era imposible. No había manera de que se hundiera tan rápido hasta el fondo. Y, sin embargo, lo había hecho. Desconcertada, miró al temporizador. Tenía menos de 5 minutos para resolverlo. La ansiedad comenzó a apoderarse de ella, y entonces, de pronto, la tapa se elevó hasta la mitad de la probeta –¿Eh? – musitó sin comprender por qué se elevó como si jamás se hubiese sumergido hasta el final. Comenzó a pensar, ¿qué líquido podía ser más denso que  $0,94 \text{ g/cm}^3$  pero menos denso que la miel? Podían ser muchas cosas. La forma en que la tapita flotaba, idéntica a la que habría tenido en un simple vaso de agua, le reveló la verdad. Fue en ese instante cuando lo comprendió: era agua, no podía ser otra cosa. –Agua –afirmó sin ninguna duda. La luz tardó en prenderse. ¿Se había equivocado? esperó 5 segundos más, y el resplandor verde finalmente apareció. Suspiró aliviada. Le faltaban 2 líquidos por identificar. Tomó el trozo de vela,  $0,90 \text{ g/cm}^3$  decía debajo. Recordó un líquido que tenía una densidad exacta de  $0,90 \text{ g/cm}^3$  y que posiblemente formaba parte del experimento. Tiró el pedazo de vela, esperando que quedara más arriba que el agua. Y fue así. –¡Aceite! –gritó. La habitación se iluminó de verde. El contador de tiempo marcaba apenas unos segundos. Vera se mordió el labio, impaciente porque le quedaba un líquido por reconocer. La calma que le había dado lo anterior ya se le escapaba. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no llegaba? Una presión helada le recorrió la espalda. Fue entonces que el líquido de la superficie reaccionó: onduló más rápido que el aceite, se extendió sobre el vidrio sin formar gotas, como si la ansiedad misma lo hubiera despertado. La deducción apareció clara en su cabeza, golpeándola con urgencia: solo un fluido podía comportarse así, más ligero que el aceite, más escurridizo que el agua. Alcohol. Tenía que ser alcohol. Fue entonces, a sólo cinco segundos de que el reloj marcara el final, cuando la presión le explotó en el pecho. Vera rugió con fuerza, casi más a modo de desahogo que de certeza –¡ALCOHOL! – El contador descendió implacable: 3... 2... La luz verde se encendió de golpe, dándole un respiro que apenas alcanzó a saborear antes de que el tiempo se consumiera. No tuvo tiempo ni siquiera de festejar. Inmediatamente tuvo que entrar al ascensor para su próxima prueba.

La cámara tres era distinta a las anteriores. No había una mesa. No había materiales de laboratorio. Era más amplia que las anteriores. En el centro, había una balanza de platillos

suspendida del techo. Uno de los platos sostenía un recipiente de metal vacío, atado con cadenas. El otro contenía pesas perfectamente ordenadas, cada una con su valor grabado. Frente a la balanza había una pileta rectangular, llena hasta el borde. El agua estaba inmóvil.

*“Bienvenido a su tercera y anteúltima prueba. Para equilibrar la balanza, deberá utilizar únicamente el agua. Recuerde: controle sus emociones, porque son tan importantes como sus conocimientos. Y podrán ayudarlo o no a resolver el desafío.”*

Vera arrugó la nariz intentando recordar qué ley física podía demostrarse con los elementos de la sala. El principio de Arquímedes apareció en su mente automáticamente: *“Un cuerpo sumergido recibe un empuje igual al peso del fluido desplazado”*, se explicó así misma en su mente. Eso significaba que, si lograba hundir el recipiente en la pileta, su “peso aparente” cambiaría. La balanza podría equilibrarse si el empuje compensaba exactamente las pesas del platillo contrario.

Vera se agachó, empujó el recipiente hacia el agua. El metal se hundió lentamente, formando ondas, un pequeño desplazamiento visible... y nada. La balanza permaneció inmóvil, como si el empuje no existiera. Vera apretó los labios. Lo intentó nuevamente, más abajo. El platillo no se movió ni un milímetro.

De pronto por los parlantes comenzó a salir una melodía clásica, intensa y repetitiva que inundó el aire. Al principio, solo la desconcentró. Después, empezó a irritarla fuertemente. Los violines chirriaban en sus oídos. –Dios, ¡basta! –gritó, golpeando el recipiente con el puño.

El agua reaccionó. Como si su furia hubiera despertado algo, el platillo de la balanza se sacudió y comenzó a ascender apenas. Vera abrió los ojos. Respiró agitada y miró las pesas del platillo contrario. Empujó el recipiente más adentro del agua con un rugido ahogado. El platillo se elevó bruscamente. El agua burbujeó, vibrando con su enojo. La balanza tembló, y en un segundo exacto, los dos platillos quedaron en equilibrio.

Vera se alejó jadeando. El violín se apagó al instante, como si la sala hubiera reconocido que ya había dado suficiente.

*“Felicitaciones, nuevamente. Me temo que no podré acompañarlo en lo que sigue. Le deseo, sinceramente, la mejor de las suertes.”*

Al entrar en la última cámara, lo primero que llamó su atención fue un soplador de aire apoyado junto a la pared. Lo tomó con cuidado y leyó su velocímetro: marcaba un rango de 0 a 100 km/h. Avanzó unos pasos hacia el centro de la habitación, donde descubrió un pozo angosto que descendía varios metros. Un cartel a su lado indicaba que este medía 10 centímetros de radio y su profundidad era de 10 metros. Se agachó con cautela para asomarse al interior y entrecerró los ojos. El pozo estaba repleto de papeles blancos, unos más grandes, otros diminutos. Debajo del montón, se alcanzaban a distinguir pequeñas letras rojas, casi ocultas entre las hojas. Vera tomó el soplador y lo encendió a su máxima potencia. El aire salió disparado con fuerza levantando las hojas en remolinos caóticos. Algunas se estrellaron en las paredes, otras ni siquiera se movieron. El fondo del pozo seguía cubierto. Apretó los labios, cerró los ojos y comenzó a pensar. Aire, presión, velocidad... Bernoulli. El principio apareció automáticamente en su cabeza: *“La presión de un fluido disminuye cuando su velocidad aumenta”*. Era evidente entonces que, si lograba que el aire fluyera de forma constante, las hojas se levantarían por diferencia de presión. Probó nuevamente. Nada.

Por primera vez, Vera se dejó aflojar. El cansancio acumulado, la presión de tener que entenderlo todo. Sintió un nudo en la garganta, y las lágrimas que había retenido desde la

primera cámara finalmente cayeron. Se sentó en el piso y se abrazó las rodillas entrelazando sus dedos. ¿Por qué nada de lo que sabía funcionaba hasta que ella sufría? La pregunta rebotó en su mente, y abrió los ojos. Agarró nuevamente el soplador y lo encendió apuntando al agujero del suelo. Las hojas comenzaron a salir lentamente, formando suaves corrientes como si el aire respondiera a su respiración. Y en ese instante, el mensaje fue revelado: “La fuerza más estable nace del corazón”. Las luces se apagaron. Las paredes comenzaron a llenarse de información. Videos de ella resolviendo las pruebas. Datos vitales, niveles de oxígeno, y lo más importante: las emociones a lo largo de su travesía. La pared frente a ella se abrió. Detrás, un grupo de personas con batas blancas la observó. En el centro, una mujer rubia la miraba con calma.

–No todas las mentes lograron pasar las cámaras –dijo la mujer –la tuya respondió como esperábamos.

–Yo solo seguí las instrucciones, yo no... –murmuró Vera

–Exacto –asintió la mujer–. Y por eso funcionó. No te subestimes. Sos mucho más.

Vera arqueó una ceja

–¿Más? ¿Más qué?

Las paredes se llenaron de fragmentos de sus videos, sus experimentos caseros, sus explicaciones creativas. Vera los miraba confundida. No entendía por qué ellos la habían hecho llegar hasta ahí.

–Vimos cómo combinabas ingenio, curiosidad, y una capacidad única de aprender de tus emociones. Es por eso que estás acá. –respondió la mujer –no solo buscábamos talento intelectual. Queríamos capacidad de sentir y actuar al mismo tiempo. Y vos las tenés.

–¿Y ahora qué? –preguntó Vera, aún desconcertada.

La mujer suspiró con una sonrisa y miró a sus compañeros

–Ahora formás parte del programa. Tu mente, tu creatividad, tu capacidad de emocionar y comprender... todo será parte de lo que hacemos. Es una oportunidad. Una de las pocas para que comprendas que lo que sentís también puede ser parte de la ciencia.

Vera miró al grupo de personas y dejó escapar un suspiro largo. Cerró los ojos por un instante, intentando procesar todo. Durante mucho tiempo había buscado ser vista, esperando que alguien entendiera lo que hacía. Pero nunca sintió que ese reconocimiento le perteneciera del todo. Siempre había algo vacío, como si lo que mostraba y lo que era de verdad no terminaran de coincidir.

Y ahora, sin que lo hubiera planeado, sin siquiera imaginarlo, algo mucho más grande la había encontrado a ella. No fue un logro ni una meta; fue una elección que no necesitó aprobación. Por primera vez comprendió que no tenía que demostrar nada, que su valor no dependía de lo que los demás vieran en ella, sino de lo que realmente podía hacer sentir.

Abrió los ojos lentamente. El silencio de la sala la envolvía, pero dentro de Vera había una calma nueva, profunda. Finalmente fue ahí donde entendió que todo lo que había pasado la había elegido a ella, y no al revés.

Bella Buccino

49.836.088

Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas N° 1 "Pte. Roque Sáenz Peña"

Tercer año

Barrio Norte, CABA

ens1\_vicedireccion@bue.edu.ar